

LA GUARDIA DE JONÁS

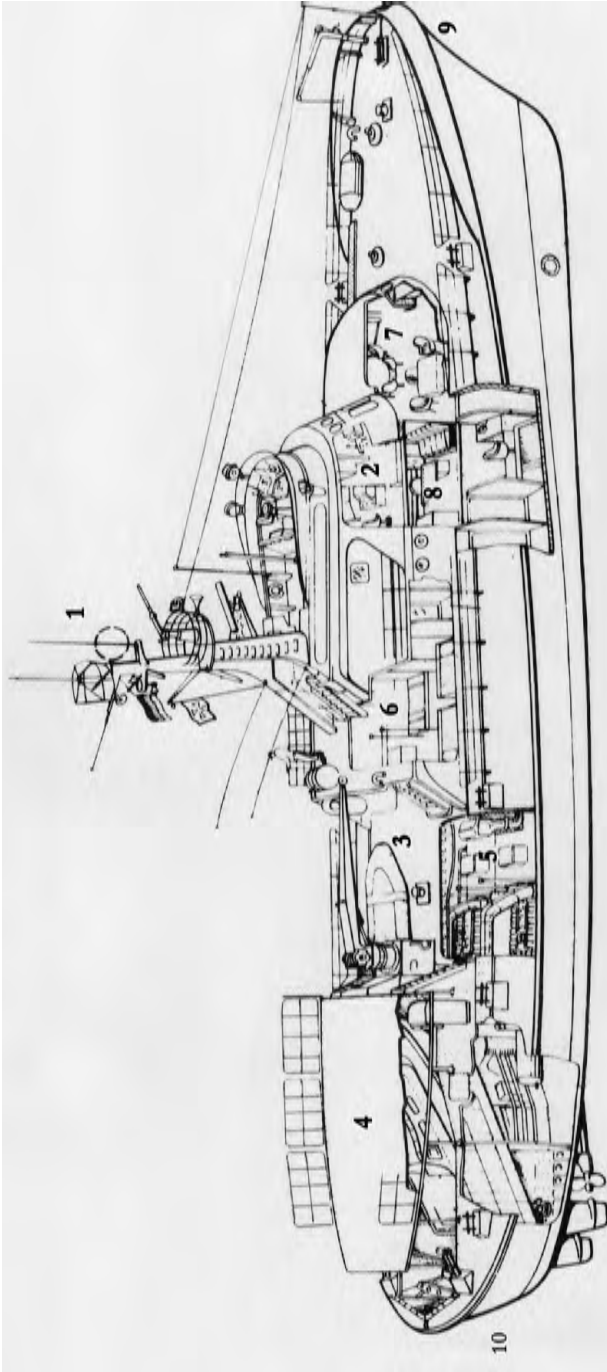
**UNA HISTORIA REAL DE FANTASMAS
CONTADA EN FORMA DE NOVELA**



Para Carol, una colega historiadora

*Y se levantó Jonás, y fue a Nínive
conforme a la palabra de Jehová.*

JONÁS 3:3



LANCHA GUARDACOSTAS ESTÁNDAR

- 1. Radar
- 2. Pucnte de mando
- 3. Cubierta de boites
- 4. Pucnte volante
- 5. Sala de máquinas
- 6. Camarote de la tripulación
- 7. Cubierta del rancho y cocina
- 8. Camarote del capitán
- 9. Proa
- 10. Popa

NOTA DEL AUTOR

ESTA HISTORIA RINDE TRIBUTO A LAS LANCHAS GUARDACOSTAS *Yank-ton* y *Legare*, y a los hombres que navegaron en ellas. Los marineros veteranos que aún recuerdan los primeros años de la década de los cincuenta, que es la época en la que se desarrolla este relato, sabrán que la lancha *Adrian*, del cuerpo de Guardacostas, es una especie de híbrido entre las embarcaciones de 38 y 33 metros de eslora.

En cuanto al contenido espectral y fantasmagórico de lo que narro a continuación, puedo afirmar que nunca he visto un diario de navegación falseado, pero sí he sido testigo de cómo ciertos acontecimientos eran omitidos deliberadamente. Todos los sucesos incluidos en este relato fueron, de una u otra manera, completamente reales. El fantasma de Jensen (que es un nombre ficticio) apareció subiendo la escala del puente de una de las lanchas de la unidad en diferentes ocasiones. El incidente que tuvo lugar en el *Hester C.* (otro nombre ficticio) está sobradamente documentado, aunque no ocurre lo mismo con la manifestación espectral que acompañó a dicho incidente. No tengo explicación para ninguno de estos hechos, tampoco la busco. Simplemente ocurrieron. Me hallaba completamente sobrio cuando fui testigo de ellos y sé con absoluta seguridad que no estaba loco.

El resto de los acontecimientos, entre los que se incluyen el asunto de los seis pilotos abatidos y el terrible caso de epilepsia, están registrados de forma oficial. Para acometer esta versión novelada me he visto obligado a cambiar la disposición táctica de las lanchas

y, desde luego, los nombres de las embarcaciones, que son totalmente falsos. Sin embargo, los nombres usados son habituales en esa zona costera. Es posible que, de manera accidental, alguno de estos nombres coincida con el de un barco en servicio.

Como el propio navío, la tripulación que lo gobierna está compuesta por una serie de personalidades que suelen ser bastante comunes en cientos de marineros. Las excepciones son Masters y Racca. Sin duda, en aquellas regiones hay cierto número de hombres sin mucho coraje, pero este escritor sólo se ha tropezado con uno. Tenía un nombre bastante corriente, era viejo, estaba cansado y había fracasado en el negocio de la pesca. La gente decía que antes, cuando era joven, había sido un hombre valiente.

Para finalizar, me gustaría señalar que este libro es un ejercicio de pura y simple memoria. Tardé un año en escribirlo, aunque el único material que necesitaba para documentarme era una carta náutica de la costa. En cierta manera, el libro me llevó bastante más de un año. Intenté escribirlo por primera vez en 1961, luego en 1969 y en 1973, pero no fui capaz de terminarlo hasta 1980. Dejé la Guardia Costera en 1956. Tardé veinticuatro años en adquirir la suficiente destreza y objetividad para narrar esta historia. Mi admiración por esos hombres olvidados que salvan vidas en el mar era tan grande que la emoción bloqueó mis primeras tentativas.

LA GUARDIA DE JONÁS

I

EN ESAS LEJANAS COSTAS SEPTENTRIONALES en las que el viento habitualmente sopla del noreste, salpicadas de faros remotos embrujados por historias tenebrosas que hablan de hombres ahogados arrojados a la orilla por las mareas —como si la muerte surgiera de entre la espuma cual dios patético—, el verano se desliza con timidez entre recuerdos de hielos. La luz del sol lustra el verde luminoso de las islas costeras. Los ancianos apartan los pies del brasero oxidado. Dejan a un lado los cuentos invernales, se desprecizan y vuelven sus rostros curtidos al sol. Las callejuelas adoquinadas brillan por el agua de la nieve derretida que se ha acumulado en aceras, muros y tejados. Los jóvenes parpadean deslumbrados por el sol. Las típicas embarcaciones de proa alta características de aquellas regiones ya no están exageradamente hundidas en sus respectivos amarres. Los muchachos tienen hambre de aventuras y ríen por todo. Aunque resulte extraño, no parecen demasiado sorprendidos de seguir vivos.

Da comienzo el trasiego típico del verano. Se hacen los últimos arreglos entre las tripulaciones de los barcos de arrastre. Las redes remendadas en invierno parecen frágiles y viejas bajo los rayos del sol. El comercio se encuentra en plena ebullición, los productos más demandados suelen ser perfumes de Manila, filásticas¹ alquitranadas y cajas lustrosas repletas de mecanismos electrónicos que ayu-

1. *Filástica*. *DRAE*: Hilos sacados de cables viejos, con que se forman los cabos y jarcias. (Todas las notas son del traductor).

dan en las tareas de pesca. Hacia el este las olas rompen en los escollos y el Atlántico Norte parece cargado de buenas promesas en medio de la calma estival. Sobre las blancas cubiertas de los barcos, los soldados trabajan entre fogonazos, intentando reparar los daños invernales. Surgen algunas caras nuevas, un par de manos distintas, otro novato que será bruñido y entrenado para encarar después la inevitabilidad de un nuevo septiembre.

Ernie Brace subió a bordo de la lancha *Adrian* bajo la luz desbordante de un día soleado. Había pleamar y la rampa del barco estaba muy tensa, ya que en esas aguas la oscilación de las mareas es grande. Cuando el nivel del agua se hallaba en un punto medio, la rampa solía estar completamente horizontal entre la cubierta del barco y el muelle. Entonces se oía un traqueteo metálico, como el de cacerolas al ser golpeadas por unas cadenas. Durante la pleamar, la rampa rechinaba como si algún borracho estuviera telegrafando los pasos inseguros de Brace. Avanzaba con la misma gracia de un recién salido de la escuela secundaria, con la timidez del que acaba de llegar de cualquier granja o ciudad pequeña de Kansas o Indiana. Su blanco y pulcro petate relucía bajo los rayos del sol. Colgaba de unos hombros estrechos vencidos por el peso. La figura espigada de Brace iba vestida de azul, como una arpillera nueva y lustrosa de la que emergía una cabeza sin rasgos distintivos cubierta de pelo castaño, una cabeza que, según algunos, albergaba un rostro cargado de esa típica arrogancia juvenil que sólo se pierde después de sobrevivir a unos cuantos temporales.

Era un novato en el barco, pero aquello no suponía nada especial. Los jóvenes vienen y van todos los años, como serafines despistados o ángeles ingenuos destinados a Roma. Dejan caer bruscamente el petate sobre el puente, apenas producen una leve marejadilla cuando entran en la rutina del barco y desaparecen pronto, sin dejar ninguna clase de estela visible tras ellos. Marchan destinados a alguna escuela de entrenamiento o acaban reclutados en los barcos del servicio de meteorología. Son carne de traslado. O lo eran.

Sin embargo, parece que no fue hace tanto. Entonces éramos hombres duros, mientras que ahora, sin duda, nos hemos reblandecido. Al menos aquellos que no se han convertido en áspero papel de lija.

El mar sigue siendo el mismo y los bulliciosos puertos norteños aún sobreviven en sus respectivas ubicaciones. Las blancas y afiladas lanchas de la Guardia Costera rompen la espuma de las olas mientras aparecen y desaparecen entre jirones de niebla como espectros en la noche. Las nuevas son de un blanco immaculado, con brillantes bandas rojas pintadas en las amuras y gallardetes distintivos flameando en mástiles achaparrados; sin embargo, aún conservan rasgos de los antiguos buques. Son como extraños cascarones de viejos barcos torpederos a los que se ha añadido una elevada cabina central en medio de la cubierta. Rescodos de la memoria que desaparecen entre las brumas invernales del tiempo. Pero sí, el mar sigue siendo el mismo. La niebla y el brillo del sol oxidan el bronce bruñido, y al final siempre regresan las brumas heladas y los tonos grises del invierno. Lo que parece una historia de sol y vientos, al final se convierte en un relato de hielos y sombras.

Brace parpadeó deslumbrado por la luz del sol y observó su primer destino. Estaba desorientado. Tenía una boca pequeña que mantenía bien apretada. Sus ojos oscuros mostraban más miedo que timidez. Seguramente albergaba la sensación de haber sido enviado al mismísimo corazón del caos.

Una barandilla se retorció bajo su mano; el sólido y curvado acero se doblaba de forma grotesca como un signo de interrogación partido por la mitad. Ante sus ojos, un segundo pasamanos se arqueaba hacia abajo desde la cubierta de botes. La subestructura inferior, donde antaño estaban colocados los pañoles² que protegían los mecanismos de marcha, era un confuso conglomerado de

2. *Pañol*. DRAE: Cada uno de los compartimentos que se hacen en diversos lugares del buque, para guardar víveres, municiones, pertrechos, herramientas, etcétera.

desechos metálicos, y Brace descubrió más tarde que los ausentes pañoles se estaban dando un baño al otro lado del Georges Bank. La lancha *Adrian* estaba llena de pegotes de plomo fundido que destacaban sobre el acero recién fregado. La cabina mostraba un sinfín de sucias líneas de soldadura fresca que supuraban sobre el acero. En la cubierta de botes, cerca de unos pescantes³ retorcidos y desocupados, dos marineros dejaron lo que estaban haciendo, se dieron un codazo y estallaron en carcajadas, guiñándose los ojos como una estrafalaria pareja de amantes. Tenían las piernas cortas y no dejaban de vociferar mientras esperaban al contraamaestre Dane. En el coronamiento⁴ de popa, Howard, el cabo de abastecimientos, intentaba sobrevivir a una ligera resaca mientras tomaba nota de las provisiones necesarias. Mordía la punta de un lápiz amarillo y se masajeaba la dolorida cabeza cubierta de oscuro cabello. A través de la escotilla central se podían oír las maldiciones de un mecánico y el rechinar de cadenas metálicas. La radio emitía chasquidos inconexos desde el puente. Amon, el sobrecargo, correteó hacia popa y se paró de repente; su rostro oliváceo, de rasgos hawaianos, tenía la capacidad de mostrar aburrimiento y asombro al mismo tiempo.

—¿Novato?

—Brace. ¿Adónde tengo que ir?

—Primero hay que hacer las presentaciones, Brace. Luego nos ocuparemos del resto —y Amon se puso a vociferar por la escotilla de popa difundiendo las nuevas.

Los cabos de arrastre colgaban en rollos de las zonas intactas del pasamanos como ornamentos de color trigo. Los cañones de 20 mm

3. *Pescante*. DRAE: Pieza saliente de madera o hierro sujeta a una pared, a un poste o al costado de un buque, etc., que sirve para sostener o colgar de ella algo. Brazo de una grúa.

4. *Coronamiento*. Parte de la borda de un barco correspondiente a la popa, de forma generalmente curva o convexa y un poco más elevada que el resto de la cubierta. Habitualmente estaba rematado por una moldura redondeada y más o menos ornamental en la fachada de popa, pero las lanchas y embarcaciones modernas simplemente llevan una barandilla o un quitamiedos.

estaban cubiertos por una lona. Apuntaban al cielo como pequeños campanarios envueltos en lienzo. Brace miró a proa, a popa, dio un paso inseguro. La lancha *Adrian*, de 38 metros de eslora, parecía un revoltijo destartado y caótico. Depositó el immaculado petate sobre un pequeño parche de brea, y Lamp, el cocinero, tras recibir la noticia de que tenía una nueva boca que alimentar, salió a trompicones por la escotilla de popa justo en el momento en el que el contramaestre Dane hacía su aparición avanzando desde proa como una gárgola.

Los hombres dejaron sus ocupaciones. Aguardaban. Murmuraban y reían entre dientes. En la cubierta de botes, uno de los marineros se puso de puntillas y empezó a dar saltitos de mono, hizo muecas con los ojos y tarareó una pobre imitación de una marcha fúnebre. Brace parecía confuso y confiado. Dane se acercó a él con la inmutabilidad de las mareas.

Parecía un sapo con reumatismo, pero entre sus hombres destacaba como un dios menor cuando el sol lucía, y parecía el mismísimo Jehová en caso de tormenta. En este asunto crucial, que tiene que ver con el salvamento de vidas y propiedades en el mar, es bien sabido que cuando el viento arrecia del noreste el reumatismo de Dane desaparecía como por arte de magia. Durante el invierno pasado, un grupo de marineros congelados y casi barridos de la cubierta por la galerna habían visto a Dane haciendo equilibrios sobre la batayola⁵ mientras largaba con precisión un cabo de arrastre en medio de un vendaval de 40 nudos⁶. Algunos lo odiaron por esto, pero todos lo respetaron y fue amado en el mayor de los secretos; y los que no sean religiosos pueden pensar en ese tipo de amor que se suele tener por la Virgen María.

5. *Batayola*. En los buques modernos se suele llamar de este modo a la barandilla de la cubierta superior. Según el *DRAE*: Barandilla, fija o levadiza que, encajada en los candeleros (puntales verticales), se colocaba sobre las bordas del buque para sostener los empalletados.

6. *Nudo*. Unidad de velocidad usada en náutica, equivalente a una milla náutica por hora o 1,85 kilómetros por hora.

Olas diminutas rompían en el atracadero. Las gaviotas chillaban. Brace se presentó.

—Otro cachorrito. —Dane alcanzó la escueta hoja de servicios, cuya carpeta estaba tan limpia y flamante como el petate de Brace. Se abanicó con ella y lanzó un bufido. Permaneció completamente erguido durante un rato y luego volvió a encorvarse aguijoneado por el reumatismo. Era como un bloque de hormigón. Una especie de trol. Bajo y pesado, de labios finos, brazos robustos y gruesa cintura. Siempre parecía andar olfateando la gabarra de los desechos. Siempre parecía estar escuchando el graznido de las gaviotas y el silencio de las cubiertas.

—¿De dónde eres, criatura?

Brace confesó que venía del sur de Illinois. Tímido. Tembloroso. Con una voz que parecía la de un niño que no sabe si está siendo atacado. La sorpresa se dibujó en su rostro juvenil. Se sentía tan atormentado como el novato al que se le niega la paga porque los titulares de su hoja de servicio son incorrectos.

Dane lo observó con desprecio. Se las arregló para decir en su típico tono de voz que siempre había esperado algo más de un lugareño del sur de Illinois. La boca ancha y fina denotaba una expresión de disgusto. Flexionó los hombros encorvados. Tenía un aspecto amenazador. Con una mano callosa sujetaba la carpeta de la hoja de servicios, con la otra daba golpecitos sobre las cada vez más arrugadas cubiertas. Arqueó los corpulentos hombros y dio la sensación de que hacía verdaderos esfuerzos por evitar que sus manos redujeran a pedacitos al pobre Brace. En la cubierta de botes uno de los hombres rió con disimulo.

Brace retrocedió, su pie chocó con la pasarela y estuvo a punto de tropezar.

—Quieto —dijo Dane—. En pie. Siéntate. Da vueltas. Hazte el muerto.

—¿Señor?

—Salta por el aro. Mueve el culo. Di «señor» a los oficiales pero

no a tus iguales. Estate al loro. Da vueltas hasta que consigas morderte el rabo. Y deshazte de ese maldito uniforme azul y ponte la ropa de faena.

Brace hizo ademán de coger el petate.

—Quieto. ¿Te he dicho que lo cojas? No, no-te-he-dicho-que-lo-cojas —y de nuevo empezó con el sermón. ¿Tenía Brace madre? ¿Estaba orgullosa de él? ¿Por qué? ¿Y padre? ¿Cómo podría estar Brace seguro? ¿Novia? ¿Mona? ¿Qué clase de mierda de nombre era Mona? Dane se calentaba con la charla y Brace, que apenas entendía nada, empezó a responder con monosílabos, anonadado.

Sin duda se trataba del sol. El sol calentaba los huesos de Dane y hacía que todos sus esfuerzos por ser más comedido resultaran vanos. Se cebó en Brace. Sus palabras eran tan ardientes como el fuego de una carga de azufre en bruto. —Bendito hijo de una mula y un arado... —rugía a voz en grito, traspasando las barreras del sonido. Tenía la cara enrojecida y parecía a punto de sufrir una embolia. En uno de los diques cercanos, los tripulantes de la lancha *Abner* dejaron sus labores y observaron y jalearon sus desvaríos. Dane hervía, siseaba, gritaba y subía el tono de las maldiciones, mientras Brace enrojecía de rabia al principio y luego se ponía aún más rojo de vergüenza cuando las rechiflas de los marineros de la *Abner* se concentraron en él. Dane se movió fácilmente entre un cúmulo de metáforas y volvió a hacer hincapié en lo que guardaba Brace en la taquilla del instituto. Brace pasó del miedo y la rabia a un estado de furia descontrolada. Tenía el rostro lívido.

Era lo que Dane quería. Aquello lo complació. Se paró en medio de una frase, observó el rostro tenso y pálido, y las manos temblorosas que parecían incapaces de permanecer quietas. Brace estaba a menos de dos segundos de olvidar las consecuencias de un posible asesinato. Dane sonrió, era la sonrisa del abuelo que está a punto de legar su reloj de oro a un ambicioso heredero.

—Aprobado —dijo Dane—. Y bienvenido a bordo.

Se volvió y dio la espalda a Brace mientras se inclinaba para fro-

tarse la rodilla. Llamó a gritos al marinero Glass, y este bajó al instante la escalerilla del puente y echó a correr alocadamente, pateando con fuerza la cubierta, el rostro enrojecido, como si una maldición acabara de caer sobre él y tuviera que atender ciertos asuntos antes de que sobreviniera el fin del mundo. Desde la cubierta de botes alguien intentaba sofocar la risa y otro de los marineros no paraba de dar golpecitos con el puño sobre una lona enrollada. Glass detuvo la carrera con un patinazo, los ojos abiertos de par en par, pero vio que el juego había terminado y recobró la compostura. Glass era un hombre alto que tenía el aspecto de un profesor judío de los barrios bajos de Boston que lee historias de detectives y sueña con ser delincuente profesional.

—Es nuestra manera de hacer las cosas aquí —informó a Brace—. Puedes acostumbrarte a casi todo —y condujo al tembloroso Brace a la cubierta inferior como la enfermera que ayuda al paciente aquejado de un exceso de edad.